

VOL. 1 N.º 4 SETIEMBRE 1953

Miradas al futuro

REVISTA MENSUAL
de fantasía científica



Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 4
SEPTIEMBRE 1953
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA (Conclusión):

HIJO DE MARTE, por CYRIL JUDD
¡No bastaba con haberse instalado en Marte para conocer todos sus misterios!

NOVELA CORTA:

VAMPIRO TELEPÁTICO, por CLIFFORD SIMAK
Una extraña amenaza para la humanidad en aquel planeta deshabitado

CUENTOS:

DEPARTAMENTO SE ALQUILA, por RICHARD MATHESON
Demasiado barato para este mundo

MÚSCULOS VERSUS FLORES, por DONALD COLVIN
Cachascán y filosofía en un pueblo virtuoso

HUÉRFANOS DEL ESPACIO, por MICHAEL SHAARA
El problema de aquellas letales máquinas no era tan simple

*PROFESOR PARTICULAR, por JUAN FERNÁNDEZ
Sudamérica, especialista en robots para todo servicio*

*EL SECRETO, por EDWIN JAMES
La quinta columna terrestre en Rigel tenía sus peculiaridades*

NOVEDADES CÓSMICAS:

*LA CONQUISTA DEL ESPACIO (IV), por WILLY LEY Y
CHESLEY BONESTELL
La familia solar*

ENERGÍA ATÓMICA EN INGLATERRA

ESPACIOTEST

EDITORIAL

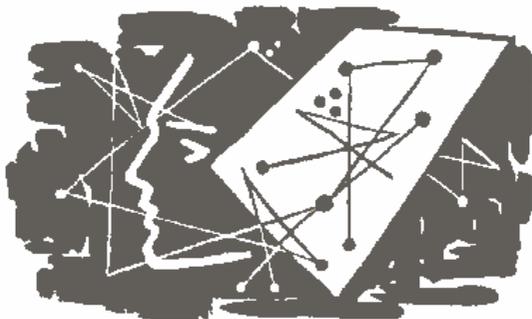
CONTESTANDO A LOS LECTORES

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Chesley Bonestell

Las expediciones a Saturno no se podrán quejar por falta de belleza panorámica. Y una vez conquistada la Luna, las astronaves no tendrán mayores dificultades en llegar a los confines del sistema solar. Uno de estos hombres que están explorando Mimas, la más pequeña luna de Saturno, puede ser USTED.

HERMANDAD TERRESTRE



EL drama de la existencia, para el lector de fantasía científica, se desarrolla en un escenario que no tiene límites: en todo el Universo. Esta superación de todo confín habitual, además de despertar la fantasía, entretener y estimular el pensamiento, crea un nuevo y más auténtico sentido de hermandad humana.

¿Qué es la Tierra para el lector de fantasía científica? La Tierra es un guijarro en el cielo, y lo que pasa en este guijarro en el cielo, al fin y al cabo, no tiene casi ninguna importancia. ¿Qué peso pueden tener, en la infinita historia de las galaxias, las luchas de un país contra otro que ocurren en este planeta tan pequeño, perdido en un rincón cualquiera del Universo? ¿Qué sentido tienen los prejuicios raciales, las divisiones en castas, la pretendida «superioridad» de un pueblo sobre otro, cuando «habitante de la Tierra» o «terrestre» llega a ser un término con significación tan restringida, como sería decir «genovés» o «mendocino»?

CUANDO se considera a la humanidad como a un todo, no h^l razas superiores o inferiores. Si todos los terrestres tienen el mismo destino, corren los mismos peligros y progresan por una misma senda, se borra la importancia de las causas de sus rencillas.

Cuando Roma significaba Mundo, bastaba con decir «soy ciudadano de Roma». «Mi patria es el Mundo», dicen ahora los espíritus que consideran que el hecho de ser hombre es superior a cualquier atributo de nobleza o de casta. Y pronto tendremos pasaportes interestelares, en los cuales ya no se dirá que nuestra ciudadanía es de Buenos Aires, Zurich o Puerto Alegre, sino que se expresará escuetamente nuestra procedencia terrestre. Y no deberá extrañarnos, entonces, llegar algún lugar en el cual se nos pregunte dónde está la Tierra...

EL horizonte mental del hombre moderno se amplía más allá de todo límite, más allá de todo prejuicio. En el pasado surgían y se desplomaban imperios, florecían y decaían civilizaciones, pero el hombre común no sabía nada de todo eso: su vida, encerrada dentro de los límites infranqueables determinados por su escasa cultura y por lo rudimentario de los medios técnicos, transcurría sin perceptible progreso. Ahora el mundo se transforma de un año para otro, y el progreso impulsa con irruencia irrefrenable, no solo a los grandes sino a todos y cada uno de los hombres chicos.

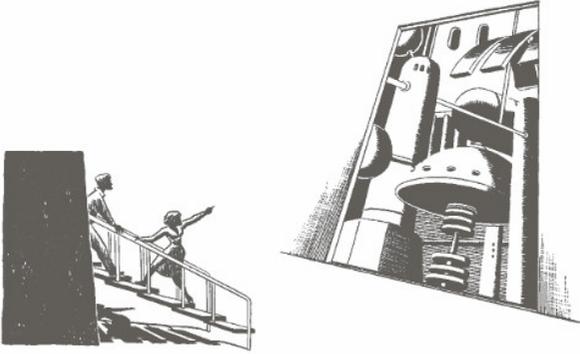
El día en que el hombre conquiste el espacio parecerán riñas de perros vagos las guerras mundiales. La conquista del Universo borrará los rencores, las envidias, las diferencias, y la magnitud de la tarea común hará olvidar la pequeñez de las luchas fratricidas. Será la culminación del mismo proceso histórico que de conjuntos caóticos de pequeños estados medievales ha hecho grandes naciones.

EL lector de fantasía científica es, por definición, una persona cuya mentalidad es más que moderna: pertenece al grupo, numeroso por cierto, que tiene sed de conocimientos, y goza en dejarse transportar, en alas de la fantasía, hacia mun-

dos lejanos en el tiempo y en el espacio, y goza en escudriñar problemas que rayan con lo imposible. En esa búsqueda tan apasionante de emociones nuevas, los lectores de fantasía científica constituyen la vanguardia de una humanidad exenta de tabús y de odios.

DEPARTAMENTO SE ALQUILA

Por RICHARD MATHESON



Ilustrado por Salva

Por mar se viaja en lancha o en palacios flotantes como el Normandie. No hay razón para creer que en el espacio se pueda viajar solo con las astronaves de los héroes de las historietas.

— **C**ADA vez que veo al portero se me pone la carne de gallina —dijo Ruth al entrar, esa tarde.

Levanté la mirada de la máquina de escribir mientras ella dejaba los paquetes sobre la mesa. Yo acababa el segundo borrador de un cuento.

—Carne de gallina —repetí.

—Sí, tal como lo oyes; tiene una manera de deslizarse parecida a la de Peter Lorre.

—Peter Lorre —dije, todavía envuelto en la bruma creadora.

—Querido —imploró Ruth—, te hablo en serio. Ese hombre es un reptil.

Sacudí la cabeza, tratando de salir de mi abstracción.

—Amor mío, ¿qué quieres que haga ese pobre tipo con su cara? —le dije—. Herencia, ¿sabes? Déjalo vivir.

Ruth se dejó caer en una silla junto a la mesa y comenzó a alinear las latas que había traído del almacén.

—Escucha —me dijo.

Cada vez que Ruth se dispone a «revelarme» algo, emplea inconscientemente un tono serio, grave.

—Sí, querida. —Apoyé un codo sobre la máquina de escribir y la contemplé pacientemente.

—Quítate esa expresión de la cara, Rick. Y no me mires como si fuera una idiota.

Le sonreí. Estaba cansado.

—Lo lamentarás —me dijo— cuando una noche aparezca ese hombre con un hacha y nos descuartice.

—No es más que un pobre diablo que se gana la vida trabajando. Friega los corredores, llena la caldera...

—Tenemos calefacción a petróleo —replicó Ruth.

—Si tuviéramos calderas, alimentaría el fuego. Seamos caritativos. Trabaja como nosotros. Yo escribo novelas; él barre los pisos. ¿Quién puede decir cuál de los dos hace más por la civilización?

—Muy bien —exclamó Ruth resignada—. Muy bien, si no quieres enfrentar los hechos.

—¿Cuáles hechos? —insistí. Había decidido que era mejor dejarla hablar antes de que la idea le agujereara las sienes.

Su mirada se ensombreció.

—Escucha. Ese hombre tiene alguna razón para estar aquí. No es un portero. No me sorprendería que...

—Que esta casa de departamentos escondiera un gari-to o un ejército de enemigos públicos, una banda de falsificadores o de asesinos.

Ruth estaba ya en la cocina disponiendo las latas y las cajas en el armario.

—Muy bien, muy bien, —dijo, y con eso me quería decir: «si luego te asesinan no vengas a mí para que me con-duela»—. Hice cuanto pude. Pero sucede que me casé con una mula.

Entré a la cocina y, deslizando mis brazos alrededor de su cintura, la besé en el cuello.

—No hagas eso —murmuró volviéndose—. No puedes cambiar de tema tan fácilmente. El portero es...

—¡Estás hablando en serio! —le dije. Me sorprendió la fijeza de su mirada.

—Así es. Ese hombre me mira de una manera rara.

—¿De qué manera? —pregunté.

Lo pensó durante algunos segundos.

—Como..., como si anticipara algo.

Me sonreí.

—No lo puedo culpar. ¿Quién no lo haría?

—No me entiendes. No quiero decir de esa manera.

—¿Recuerdas la vez que pensaste que el lechero era un asesino de la mafia?

—No me importa.

Volví a besarla en el cuello.

—Comamos ahora. Ya hablaremos de eso después.

Ruth refunfuñó:

—¿Por qué trato de decirte nada?

—Porque me quieres.

Cerró los ojos.

—Renuncio —dijo suavemente, tratando de parecerse a una santa en la hoguera.

—Vamos, dulzura. Tenemos ya demasiados problemas.

Se encogió de hombros.

—Está bien, está bien.

—Eso es mejor —le dije—. ¿Cuándo vienen Phil y Marge?

—A las seis. Tenemos lechón.

—¿Asado?

—Hmmm.

—Te lo compraré.

—Ya lo has hecho.

—Entonces volveré a la máquina de escribir para que podamos pagarlo.

Mientras trataba de idear otra página la oí hablar en la cocina. Distinguí un «asesinados en nuestras camas», o algo por el estilo.

— **E**S muy raro —dijo Ruth esa noche mientras cenábamos.

Phil y yo nos sonreímos.

—Yo creo lo mismo —afirmó Marge—. ¿Quién oyó hablar jamás de un departamento de cinco habitaciones, con muebles, por solo 65 dólares? Calefacción, heladera, lavadora, ¡es fantástico!

—Muchachas —dije—, no analicemos. Todo lo que tenemos que hacer es disfrutarlo.

—¡Oh! —Ruth sacudió su bonita cabeza rubia—. Si un hombre te dijera «aquí tiene usted un millón de dólares, viejo», probablemente los recibirías.

—Por supuesto —admití—. Y luego saldría como alma que lleva el diablo.

—Eres ingenuo. Crees que detrás de cada hombre se esconde un Santa Claus.

—Pensándolo bien, es algo raro —dijo Phil.

—Lo pensé. Un departamento de cinco habitaciones, flamante, amueblado con un gusto más que bueno, provisto de la mejor vajilla...

Apreté los labios. De tanto escribir sobre la vida en Marte uno puede perder contacto con la realidad. Tal vez fuera verdad. Comprendí lo que me querían decir. Claro está, no lo admitiría nunca. ¿Echar a perder mi juego con Ruth? Jamás.

—Creo que nos cobran demasiado —dije.

—¡Dios mío! —Como de costumbre, Ruth me tomaba en serio—. ¿Demasiado? ¡Cinco habitaciones, muebles, platos, sábanas, televisor! ¿Qué más quieres? ¿Una piletta de natación?

—Con una pequeña me conformaría.

Ruth miró a nuestros invitados.

—Discutamos este asunto con calma. Supongamos que la cuarta voz que oímos es solo el viento que golpea la ventana.

—Soy el viento que golpea la ventana —dije.

—Escuchen. —Ruth volvió a hablar de sus presentimientos—. ¿Y si este lugar encerrara una trampa? ¿Si solo necesitaran gente para cubrir las apariencias? Eso explicaría el precio. ¿Recuerdan cuántas personas vinieron cuando comenzaron a alquilar los departamentos?

Lo recordaba tan bien como Phil o Marge. La única razón por la que conseguimos los departamentos fue porque acertamos a pasar frente al lugar cuando el portero colocó al letrero: «se alquila». Los cuatro nos abalanzamos. Recuerdo nuestra sorpresa, nuestro deleite, cuando supimos el precio. Estábamos pagando más del doble por la mitad de las habitaciones y unos muebles viejos, además.

Phil y Marge, Ruth y yo, fuimos los primeros inquilinos. Al día siguiente el lugar fue asaltado por multitudes de gentes sin techo. Ustedes saben qué difícil es conseguir un buen departamento...

—Les digo que aquí pasa algo raro —terminó Ruth—. ¿Y se fijaron ustedes en el portero?

—Es un reptil —me apresuré a agregar.

—Lo es —rio Marge—. Tiene algo de espeluznante y los ojos de Peter Lorre.

—¿Lo oyes? —Ruth saboreaba el triunfo.

—Amigos —dije levantando una mano conciliatoria—, si algo sucio se está tramando a nuestras espaldas, a nosotros no nos concierne en absoluto. Hasta ahora no han pedido nuestra colaboración. Estamos viviendo en un hermoso lugar por un alquiler muy bajo. ¿Qué haremos? ¿Echarlo todo a perder?

—¿Y si nosotros estuviéramos incluidos en los planes? —preguntó Ruth.

—¿Qué planes, querida?

—No sé, pero presiento algo.

—¿Recuerdas la vez que presentiste que había fantasmas en el cuarto de baño? Era una laucha. Te dije que los fantasmas no frecuentan los baños. Y si alguien tiene planes siniestros no trabaja como portero. Eso reduce demasiado su radio de acción.

Ruth comenzó a retirar los platos de la mesa.

—También tú te casaste con un ciego —dijo a Marge.

—Todos los hombres son ciegos —respondió Marge acompañando a mi lazarillo a la cocina—. Debemos hacer frente al peligro solas y sin desmayos.

Phil y yo encendimos cigarrillos.

—Dejándonos de bromas —dije de manera que las muchachas no oyeran—, ¿crees que pasa algo?

Phil se encogió de hombros.

—No sé, Rick. Pero te diré que es extraño encontrar un departamento amueblado tan barato.

Sí, pensé despertando al fin. Es muy extraño.

A la mañana siguiente me detuve para charlar con nuestro policía. Johnson camina todas las tardes por el barrio.

—Hay pandillas que alborotan la vecindad —me dijo—, mucho tráfico y además, después de las tres de la tarde, hay que vigilar a los chicos.

Es un buen hombre y muy divertido, además. Conversamos cada vez que salgo de casa.

—Mi esposa sospecha que en nuestra casa pasan cosas raras —le dije.

—También lo sospecho yo —replicó Johnson muy serio—. He llegado a la conclusión de que, dentro de esas paredes, obligan a niños de seis años a trenzar canastas a la luz de una vela.

—Bajo el látigo de una vieja bruja —agregué yo.

Asintió gravemente. Luego miró a su alrededor como si estuviéramos tramando algo.

—No le diré nada a nadie, ¿verdad? Quiero investigar el caso yo solo.

—Johnson —le dije palmeándole el hombro—, su secreto no saldrá de estos labios.

—Se lo agradezco —me contestó.

Nos reímos.

—¿Cómo está su esposa? —me preguntó.

—Mi esposa sospecha, investiga, curioseas.

—Todo marcha normalmente, entonces.

—Así es. Supongo que comenzaré a preocuparme cuando ella cambie su actitud.

—Pero ¿qué es lo que ella sospecha, realmente?

Sonreí.

—Ella piensa que el alquiler es demasiado barato. Todo el mundo paga más, según mi esposa, por mucho menos.

—¿Es verdad eso?

—Sí —le contesté, golpeándole amistosamente el brazo—. No se lo cuente a nadie. No quiero perder un buen negocio.

Y después de esas palabras fui a la tienda.

— **L**O sabía. Lo sabía —dijo Ruth. Me clavó la mirada por sobre una pala de ropa mojada.

—¿Qué es lo que sabías, querida? —dije mientras dejaba el paquete de sábanas que había ido a comprar.

—En este sitio hay una trampa. —Levantó la mano como para hacerme una advertencia—. No abras la boca. Escúchame bien.

Me senté.

—Sí, querida. Ni una palabra.

—Encontré máquinas en el sótano —dijo, y esperó mi reacción.

—¿Qué clase de máquinas, querida? ¿Extinguidores de incendios?

Apretó los labios.

—Por favor —dijo ya algo irritada—. Yo las vi.